

Posada y Belmonte

X
(6)

El Fracaso

de los

Fenómenos

10 céntimos.

zk

o

3

M
POSADA Y BELMONTE

El fracaso

de los

Fenómenos

POR

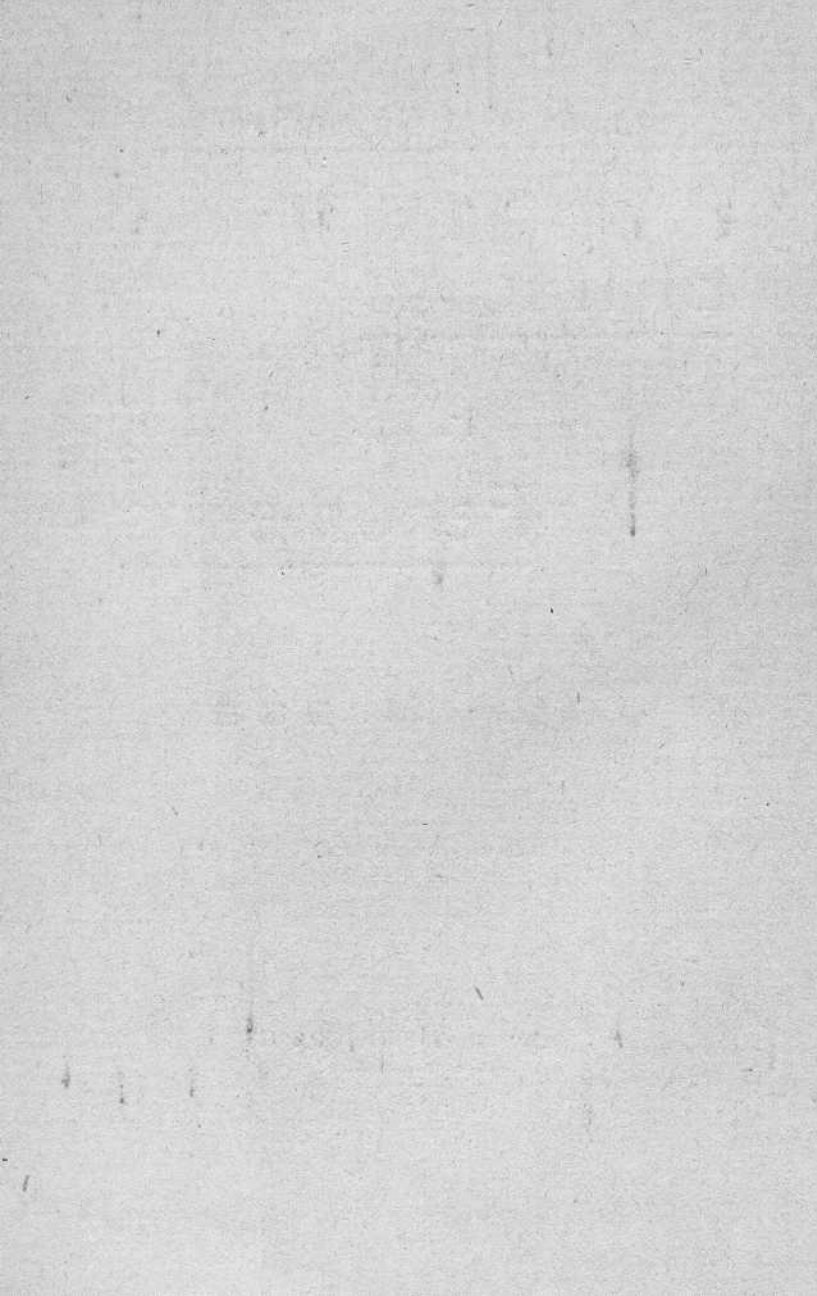
Juan Brasa

10 céntimos.

MADRID
IMPRESA LA EDITORA
San Bernardo, 19.

1913

g



PRELIMINAR

Seguramente que la mayoría de la afición toma este folleto por atrevimiento inaudito, por salida de tono, por diatriba violenta infundada ó intencionada; pero yo, modesto aficionado, que no pretendo pasar plaza de crítico taurino, he de aclarar mi propósito, ya que no disculparme, porque este acto lo ejecuto convencidísimo de que han de agradecérmelo los verdaderos aficionados y hasta los dos *fenómenos* que discuto en las páginas siguientes.

No me guía malquerencia ninguna. Aficionado de toda la vida, pero *verdad* y sin apasionamientos ni preferencias determinadas, anteponiendo á la fiesta por encima de los nombres, á los que hoy se rinde verdadero culto en ciega idolatría censurable, voy á dar mi opinión imparcial sobre estos dos novilleros, que las circunstancias, la fortuna, el NEGOCIO (digámoslo claramente) y su mismo valer, han elevado á una altura respetable; y quizás, quizás ha influido en este encumbramiento nuestro iconoclasticismo á

medias, este afán ridículo de encumbrar hoy á un ídolo, para destrozarlo mañana á zarpazos...

Antes de empezar, haré constar una vez más que no soy crítico taurino, ni pretendo penetrar en ese campo, vedado á mis escasos conocimientos; razón por la cual suplico á los críticos profesionales que no vean en este folleto otra cosa que la opinión de un aficionado entusiasta que juzga sin apasionamientos y dice lo que siente á la afición, y al hacerlo así, creo rendir un culto á la fiesta nacional.

Posada.

Era imposible que un fenómeno viniese solo. Todos, desde los atmosféricos hasta los *personales*, se presentan, para nuestra desgracia, acompañados de otros fieros males; y este *fenómeno* observado en todos los órdenes de la vida, se ha confirmado una vez más en el ciclo taurino, donde al aparecer Belmonte fué necesario otro satélite coletudo que le impulsara ó, mejor, *otra más fea para que resalte su belleza*, como hacen las mujeres bonitas con sus amigas. Posada será un buen novillero, eso sí, conocerá todas las suertes del toreo, las ejecutará algunas veces... pero... ¡fenómeno!

¿Dónde están los actos fenomenales, dejando apar-

te el de pasar por tal? Posada es un novillero, ni más ni menos; quizás menos que más; un novillero principiante que sabe á qué va á la plaza, que cumple su deber como puede y que hace la heroicidad de acompañar á Belmonte, que no es poca.

En la anterior temporada, el novillero que nos ocupa, como no tenía al compañero de hoy, pasaba por un torerillo entre tantos otros, sin que nos recordase con su valor á *Villita*, *Pastor*, *Gallito*, *Saleri*, *Mazzantinito*... ni á su infortunado hermano, como no fuese por el apellido. Toreó algunas corridas bien, medianamente, mal, como pudo; y á nadie se le ocurrió llamarle fenómeno. Pero de pronto se fusionan los dos nombres, Posada-Belmonte, y hete aquí al discreto novillero, que avanzaba paso á paso en su carrera, convertido en un bicho raro, y amenazado constantemente por el entusiasmo de sus partidarios, por el odio de los belmontistas y la rechifla de la afición en pleno, si no conseguía colocarse una y otra tarde á la altura de su compañero. ¡Gracias á que este misericordioso optó más veces por descender al nivel de Posada que por obligarle á elevarse hasta él! Y si se exigen pruebas, leed las revistas de las corridas donde ambos actuaron.

Un fenómeno, señores, no solamente debe saber y ejecutar á la perfección todas las suertes, debe conocer el enemigo que tiene delante, sino que ha de ser un portento que realice algo que jamás lo haya

hecho otro diestro. Fenomenales han sido algunas faenas del *Gallo*, fenomenales alguna estocada del *Machaquito* y Pastor; fenomenales las *cosas* del Guerra, pero á ninguno se le dió el nombre que á éstos se le aplica, porque eran destellos de artista, no actos de un fenómeno. Pero, señores míos, ¿qué es un fenómeno? ¿Es un buen torero ó es un torero más que superior?... ¿Y á Curro Posada, al que hemos visto vacilar, dudar en sus faenas,—la mayoría imperfectas—se le puede dar ese título? ¡Si ni siquiera es un buen torero!... ¡Un buen novillero, sí; pero torerol... ¿Nos hemos olvidado ya de Joselito Gómez, que era torero sin llegar á fenómeno? ¿Puede, ni con mucho, Posada competir con el *Gallito chico*? Y si Posada es únicamente un novillero bueno—*porque en la actualidad no se conocen buenos novilleros*—ahora, con ganado claro, pequeño y sin nada á la cabeza, ¿cómo se le puede elevar á la categoría de fenómeno sin verlo delante de enemigos con arrobos, puñales y malas intenciones? ¿Ha visto algún aficionado que Posada haya hecho una de esas faenas memorables que dejan un imperecedero recuerdo? Yo confieso ingenuamente que no lo he visto en la plaza de Tetuán, y aseguro que en aquel ruedo acabaría toda esa aureola que le circunda.

Pero sin ir á Tetuán ha acabado con ella en el anillo de Madrid, donde pudo destacarse vigoroso, trazando su personalidad torera en dos corridas, teniendo

en su favor al público y al ganado, y sin embargo nada de esto hemos visto. Su labor vulgar no hace adivinar al fenómeno anunciado y nos ha puesto de manifiesto lo que no dudamos en reconocerle: que torea suelto y fresco, que conoce las suertes, que es valiente, sin llegar á temerario...; y que sin estar tan cerca como su compañero, sabe arrimarse. Pero nada más. Con el capote y la muleta ni manda ni domina: hace lo que todos los novilleros... pasar de muleta...; y al echarse el estoque á la cara... es preciso echar un velo... Sabe alargar el brazo, volver el rostro y otras cosas... como cualquier *Gallo* vulgar.

¿Y á este novillero nos presentan como un fenómeno? ¿En qué? ¿Por qué? ¿Cuántos novilleros no hemos visto mejores, muy superiores á éste, sin que los hayamos colocado en el rango de los superhombres? Yo, francamente, después de verle matar seis toros en dos tardes—pequeños y manejables—, tengo formada mi opinión que expongo: Posada es un novillero, sólo un novillero, bastante completo, pero que está muy por bajo, muchísimo, de mil novilleros que vimos en otras épocas de más *toreros* y menos apasionamientos.

Belmonte.

Antes de razonar mi humilde parecer sobre el tan discutido novillero sevillano, necesito hacer una declaración.

El belmontista más furibundo que hay en Madrid es el autor de estas impresiones.

Por ser un admirador entusiasta del valiente chiquillo, por ver en él á un futuro excelente torero, sentiría hondamente que los apasionamientos, los bombos exagerados y los fatales fulanismos, le ocasionaran una desgracia ó el menor perjuicio.

Estén, pues, tranquilos los vecinos de Triana. Los buenos aficionados, y los que deseen para su ídolo los mayores éxitos comprenderán conmigo que es un caso de conciencia colocar á Belmonte en el lugar que por sus méritos y sus deficiencias lógicas, debe ocupar.

Yo, un joven aspirante á escritor, agradezco de corazón los juicios que de mis trabajos literarios hacen, imparcial y sinceramente, señalando lo bueno y lo malo, las personas sensatas.

A Belmonte, joven también y que también lucha por el triunfo, supongo no molestarán mis apreciaciones que pueden ser equivocadas pero jamás injustas.

Somos dos noveles que por distintos caminos pretendemos llegar.

Compañero: Buena suerte.

* * *

Juan Belmonte es un novillero *que promete*.

Sabe hacer bien algunas cosas, pero ignora muchas más.

Sus verónicas son estupendas, sus farolillos monumentales, sus molinetes sublimes. ¿Es esto todo el arte de torear?..

Para el toreo de adorno se necesitan toros bravos, «que pasen», que «no se cuelen», que embistan al trapo sin malas intenciones...

... Son perritos del circo bien amaestrados; los niños que hacen de toros, jugando, y con la obligación de atender á los delantales, y los capotes de sus amigos.

Con los novillos marrajos, broncos, que desparrraman la vista y no acuden á la voz de «entra torito», Belmonte «anda de cabeza», lo mismo que ocurre al maestro *Gallo* (con todo su saber) en algunas reses de semejantes condiciones, é igual que tiene que suceder á todo diestro que sepa más de efectismos y filigranas, que de castigar, mandar y dominar.

Hasta ahora el ganado que lidia mi tocayo es de pocas arrobas y de ningún respecto. ¡Más vale así!

¡No quiero pensar lo que hubiera acontecido la tarde de su debut en esta plaza, si en lugar de cornearle un becerrote inofensivo le engancha un novillo de poder!

Y es que en aquella corrida tuvo que hacer cuanto sabía y como lo que sabe es tan poco y lo poco que sabe no lo puede aplicar á todos los toretes, de aquí que salía derribado unas veces y enganchado otras, como sucederá siempre que quiera torear por faroles y por pases de molinete á novillos que no se prestan á jugueteos.

Con toros fáciles el chico de Triana se lucirá, conseguirá ovaciones, pero con los mansos, con los difíciles, tiene que sufrir grandes descalabros, oirá muchas protestas.

¿Razón?

Muy sencilla. El chico es valiente, SABE JUGAR AL TORO, mas como todo principiante, ignora los recursos de defensa, las faenas inteligentes, laboriosas, sin efectismos que emocionan al público de las meriendas.

Yo le disculpo estas dudas, estas vacilaciones ante los bueyes de cuidado, porque le considero un aprendiz aventajado, pero al fin aprendiz.

¡Es inhumano pedir cosas de maestro á un torerillo que se vistió de luces muy pocas tardes!

Sólo á fuerza de machacar se aprende el oficio de cantero.

¿Llegará un día Belmonte á saber toda la asignatura? Hay madera y afición; sin embargo, ese día aún está tan lejos...

Porque además de las deficiencias consignadas, BELMONTE CON EL ESTOQUE ES UNA NULIDAD.

Con el capote y con la muleta demuestra que puede realizar, quizá no tardando mucho tiempo, grandes cosas; con la espada hay que confesar que no hace concebir la menor esperanza.

¿Le falta estatura?

¿Le falta decisión en el supremo instante?

¡Aquel desastre de Valencial

¡Aquellos pinchazos pescueceros á los chotillos que despachó en este circo taurino!

Yo no dudo que con *habilidad* y con los años «encuentre la muerte á los toros». ¡El volapié con arreglo á los *textos* lo encontrará... difícil!

A raíz de la segunda novillada que toreó en Madrid el niño de las emociones, D. Modesto, en *El Liberal*, salió bombeándole exageradamente y dándole la patente de fenómeno, que ya los aficionados verdad le habían suprimido, terminando aquella revista diciendo:

«Sería yo un estúpido ó un insensato, si creyera que la revelación de Belmonte ha de ser catapulta que derribe de sus pedestales á *Bombita*, *Machaquito*, *Pastor*, *Gallo*, *Joselito*, por no citar otros grandes astros de chupa y coleta.

Belmonte *aún no puede resistir la comparación con ninguno de ellos, porque carece de esa suma total de conocimientos, que es indispensable para usar el título de maestro.*»

Diga usted, D. Modesto: Si el *fenómeno* Belmonte aún no puede competir ni resistir la comparación con *Bombita, Machaquito*, etc., y estos son toreros sin llegar á fenómenos, ¿por qué á aquél ha de dársele este título?

Si es peor que los diestros citados, ¿cómo se le quiere elevar á un rango superior al que éstos ocupan?

Por lo menos, lógica. Al no poder igualarse con los buenos toreros, según su autorizada opinión, JUAN BELMONTE «EL FENÓMENO», NO ES BUEN TORERO.

Y ahora, señores fulanistas, señores impresionables, SEÑORES del CORO (me refiero á los que corean las faenas sin comprender, que excitan con sus olés al torero, tan necesitado de tranquilidad y aplomo), ¿qué tiene Belmonte de «fenómeno»? ¿Quién ha sido el mal intencionado que al joven alumno de toreo, que se halla en el principio de su carrera, sólo por tener aptitudes para sobresalir, le quiso presentar en Madrid con los honores de profesor?

Joselito el *Gallo* también vino á la Corte con el

titulito de marras (por lo visto es el adjetivo de moda entre los aficionados modernistas), y á pesar de saber de tauromaquia mucho más que Juanito, hemos convenido en denominarle torero á secas.

Pues bien; titular «fenómeno» al mozo de Triana es sencillamente ponerle en ridículo.

La verdad ante todo.

Juan Belmonte (lo mismo que Francisco Posada) es un buen novillero; *como fenómeno taurino ha fracasado.*

LOS FENOMENOS

Son las tres. El alcalde sacude un pañuelo-sábana de color indefinido. Los espectadores gritan entusiasmados. Los carros oscilan; parece que se van á hundir. La dulzaina y el tamboril suenan.

El *Boqueritas* y el *Rolo*, al frente de sus cuadrillas, hacen el paseo. ¡Parecen reos camino del patíbulo!

Sus rostros pálidos hablan del hambre pasada en Madrid durante el invierno largo... ¡interminable! y que han vivido los torerillos de milagro, á pesar de los churros, el recuelo, las alubias y el mendrugo fósil.

Los matadores cambian la seda (?) descolorida por el percal remendado y sucio.

Se abre la puerta de «los chiqueros» (una cuadra), y aparece en las piedras desniveladas de la plaza, el primer toro. ¡Y qué toro! Berrendo en negro, 28 arrobas, alto de cuerna, con dos puñales por pitones.

De salida persigue á un peón que intenta darle un

recorte. Después se refugia el marrajo en un rincón. El matador pretende sacar al cornúpeto á los medios, pero el morucho no embiste al capotillo..

... Cuando el *Boqueritas*, azuzado por las mujeres, que le insultan, y por los hombres, que le amenazan con sus largas varas de fresno, se arrima al buey, éste deja de escarbar en los pedruscos, arranca al diestro el trapo, le cornea aparatosamente y le despide hecho un guiñapo. El diestro queda sobre el suelo: un montón de carne ensangrentada, en el que se ven alamares mezclados con intestinos.

El toro, hecha la hazaña, vuelve á su rincón en espera de una nueva víctima.

Los despojos del *Boqueritas* son recogidos por sus compañeros de infortunio. ¡Pobres *maletillas* que buscan gloria y billetes, y sólo encuentran cornadas!

El *Rolo* sube á la Presidencia y dice al alcalde que él no se deja asesinar; que no torea porque los toros son «pregonaos» (corridos en veinte ó en treinta capeas). Y el *Rolo*, por el delito de no dejarse asesinar, es detenido y llevado á la cárcel. Los banderilleros lloran.

Los mozos, ebrios de sangre y de mosto, gritan como energúmenos. Blasfeman. Amenazan... El conflicto surge.

Cuando mayor es el escándalo, un muchacho se tira de un carro y pide permiso á la «autoridad competente» para estoquear al cornalón.

—Es el aficionado que capeó al toro de prueba—
exclama la gente.

—Es el golfo que durmió en mi pajar— dice
una voz.

Y aquel chicuelo, que nadie sabe de dónde viene,
ni si tiene nombre siquiera, con una temeridad in-
creíble da unos cuantos muletazos al morucho traidor
y le mata de una estocada contraria.

Como buenamente pudo y á fuerza de valor, vis-
ta y revolcones, despachó aquel mozalbete los tres
pavos que le soltaron.

... ¡Con «el guante» reunió quince duros!

.....
¡Y se habla de toreros fenómenos que cobran dos
mil quinientas pesetas por lidiar en plazas de toros
becerrotos de casta, nobles y sin chaquetear!...

Repetido